

Estudio

Los impuestos al carbono responden más a menudo a fines fiscales que climáticos

Investigador en políticas energéticas de la FAU analiza sus impactos y motivación política

Muchos impuestos nacionales al carbono (CO₂) son demasiado bajos para reducir eficazmente las emisiones y sirven principalmente a fines simbólicos o fiscales. Esta es la conclusión a la que ha llegado un estudio reciente realizado por investigadores en política energética de la Universidad Friedrich-Alexander de Erlangen-Núremberg (FAU), la Universidad de Potsdam y el Instituto de Investigación para la Sostenibilidad (RIFS) del Centro Helmholtz de Geociencias de Potsdam, Alemania. Los autores proponen una mirada más crítica sobre el diseño e implementación de estos impuestos.

Los impuestos al carbono sobre los combustibles fósiles suelen considerarse herramientas útiles en la política climática, pero muchos de estos impuestos han contribuido poco a una reducción significativa de las emisiones. "No está del todo claro si un impuesto alto al CO₂ tiene grandes efectos, pero existe consenso en que uno bajo tiene efectos escasos o nulos", explica el Prof. Dr. Johan Lilliestam, titular de la Cátedra de Políticas de Transición hacia la Sostenibilidad en la FAU. Actualmente, 25 países en el mundo cuentan con un impuesto nacional al CO₂, pero solo en seis de ellos —como Suecia o Alemania— es lo suficientemente alto como para ser eficaz. "En 19 países, el impuesto al carbono era tan bajo al momento de su introducción que no era apto para reducir emisiones", afirma Lilliestam. "Asumimos que los gobiernos eran conscientes de ello y quisimos investigar por qué lo implementaron de todos modos."

Se identificaron tres grupos

Junto con investigadores de la Universidad de Potsdam y del RIFS, Lilliestam examinó qué argumentos políticos se usaron para introducir impuestos bajos al CO₂ y cómo evolucionaron con el tiempo en cada uno de estos 19 países. Para ello, analizaron propuestas legislativas, justificaciones legales y fuentes secundarias de instituciones científicas y organismos internacionales. El resultado: «Identificamos tres grupos de impuestos bajos sobre el carbono», informa Lilliestam. «El primer grupo incluye países que introdujeron impuestos bajos sobre el CO₂ con la intención de aumentarlos progresivamente, como Suiza, Francia y Canadá. De esta manera, podían eludir la oposición política a corto plazo, al tiempo que trataban de utilizar el impuesto para reducir las emisiones a largo plazo». El segundo grupo, que incluye a Japón, Singapur y Colombia, introdujo el impuesto principalmente para financiar otras medidas climáticas y programas medioambientales.

El grupo más numeroso es el tercero: 13 de los 19 países introdujeron impuestos bajos sobre el CO₂ sin perseguir objetivos relacionados principalmente con el clima. Utilizaron los

ingresos fiscales para generar fondos con fines específicos no relacionados con la protección climática, por ejemplo, en Finlandia para reducir el impuesto sobre la renta o en Islandia e Irlanda para aumentar los ingresos estatales en general. Argentina, por ejemplo, introdujo el impuesto sobre el CO₂ para respaldar su solicitud de adhesión a la OCDE, ya que esta organización recomienda estos impuestos. «También hay países como Polonia, donde el impuesto sobre el carbono es tan bajo que no tiene ningún impacto en las emisiones ni genera ingresos dignos de mención», explica Johan Lilliestam. "En esos casos, no queda más que hablar de política simbólica."

Sin embargo, algo más de la mitad de los países estudiados han incrementado considerablemente el impuesto con el tiempo y orientado sus objetivos hacia la reducción de emisiones. En muchos casos, se ha tratado de un proceso muy lento, que a menudo ha durado 10 años o más, pero que demuestra que los fundamentos de dichas políticas a veces cambian.

Los investigadores deberían examinar más detenidamente

Durante su investigación, los autores se sorprendieron de la claridad con la que algunos países justificaban sus impuestos sobre el CO₂ como políticas fiscales, y de lo poco que la ciencia ha evaluado la eficacia y la justificación política de un impuesto sobre el CO₂ en la realidad y no solo en modelos teóricos. «La acusación de que no hemos sido más críticos está justificada», afirma Johan Lilliestam.

Los investigadores subrayan que el simple hecho de introducir un impuesto al CO₂ y el creciente número de instrumentos de fijación de precios del carbono en el mundo no son, por sí solos, indicadores de avances reales en política climática. El Dr. Germán Bersalli, investigador del RIFS y coautor del estudio, lo resume así: "Las políticas climáticas no deben juzgarse por su etiqueta —que su nombre sea impuesto al carbono, mercado de emisiones, etc.—, sino por su diseño, su propósito y su impacto real en la transformación de nuestros sistemas económicos hacia la neutralidad climática."

Más información:

Prof. Dr. Johan Lilliestam

Cátedra de Política de Transición Sostenible

johan.lilliestam@fau.de